

Emilio Gentile **La mentira
del pueblo
soberano
en la
democracia**



**Alianza
editorial**

Emilio Gentile

La mentira del pueblo soberano en la democracia

Índice

Por qué este libro

1. Nosotros, los pueblos
2. Democracia triunfante
3. Democracias enfermas
4. El pueblo dessoberanizado en la democracia recitativa
5. Nosotros, los gobernantes
6. Yo me juego la cara
7. ¿Es un ídolo el pueblo soberano?
8. ¿Puede extinguirse el gobierno del pueblo soberano?
9. Un amigo de la democracia

Para saber más

Créditos

Por qué este libro

El Genio del libro que vais a leer, cansado de ser un receptor pasivo de las palabras que el Autor escribe en sus páginas, comienza una conversación para saber cuál será el argumento, y el Autor responde que tiene intención de proponer algunas reflexiones sobre la democracia y el pueblo soberano, en un momento en el que las democracias actuales dan muestras de sufrir un grave malestar; malestar que está transformando la democracia representativa en una democracia recitativa, en la que al pueblo soberano se le asigna solo el papel de comparsa en el momento de las elecciones.

* * *

¿Qué tienes intención de escribir en mis blancas páginas?

Algunas reflexiones sobre la democracia y sobre el pueblo soberano. Democracia significa poder del pueblo. Si el poder pertenece al pueblo, el pueblo es el titular de la soberanía. Así, pues, en un Estado democrático el pueblo es soberano y ningún gobernante puede estar por encima del pueblo o fuera del pueblo. De la voluntad de los gobernados deriva toda autoridad de los gobernantes. Es el pueblo el que elige y revoca a sus propios líderes, según el método de libres, pacíficas y periódicas elecciones.

Así, pues, para ti la democracia coincide con la soberanía del pueblo, que elige a sus representantes y a sus gobernantes.

Así se entiende hoy la democracia. Pero hay muchas definiciones de democracia, algunas sencillas, otras muy complejas.

Casi siempre, a la democracia la acompaña un adjetivo, que especifica sus peculiaridades como ideal y como método de expresión de la voluntad popular: democracia directa, representativa, deliberativa, participativa, liberal, oligárquica, popular, y otras.

Algunas definiciones prescinden incluso de referencias explícitas al pueblo soberano. Por ejemplo, según el economista austriaco Joseph Alois Schumpeter, la democracia consiste en «un método político», en el sentido de que es un instrumento constitucional para llegar a decisiones políticas, legislativas y administrativas, «en base al cual ciertos individuos obtienen el poder de decidir a través de una competición que tiene por objeto el voto popular».

Raymond Aron afirmó en 1960 que no estaba «seguro de que exista una democracia en el verdadero sentido de la palabra», porque si «conviene llamar así al poder del pueblo, se puede llamar democrático a cualquier régimen, incluido un régimen totalitario que se apoya en la voluntad popular». Por lo tanto, el sociólogo francés concretaba que «en el mundo en que vivimos, si se habla de democracia moderna, y no de la ateniense, los caracteres fundamentales de los regímenes democráticos son, precisamente, las elecciones, el régimen representativo, la lucha entre partidos y la posibilidad de cambio pacífico de gobierno». A esta definición de democracia me atenderé a lo largo de nuestra conversación.

¿Crees que vas a poder decir algo nuevo y original sobre la democracia?

No pretendo decir cosas originales, sino solo indagar si es verdad que en la democracia el pueblo siempre es soberano, hoy que la democracia parece triunfante en el mun-

do, donde casi todos los gobiernos afirman ser democráticos, y casi todas las constituciones de los Estados existentes declaran que la fuente de todo poder es el pueblo soberano.

Y ¿por qué crees que vas a poner en tela de juicio estas afirmaciones?

Porque temo que no sean más que palabras bonitas en un momento en el que, según muchos observadores, la democracia representativa está enferma, y son muchas las insidias que tratan de privar al pueblo de su soberanía. Entre todos los defectos que hoy se atribuyen a la democracia, a los gobernantes y al pueblo soberano mismo, pienso que los peores son la hipocresía, la mentira, el engaño y todo aquello que puede resumirse emblemáticamente en la palabra *idola* –que es el emblema de la colección en la que vas a aparecer¹–, referida a todo lo que produce una falsa o ilusoria percepción y comprensión de la realidad tal como es.

En el curso de nuestra conversación mostraré en qué sentido considero falsa la afirmación de que en democracia el pueblo es siempre soberano, citando ejemplos extraídos de la historia de la conquista de la soberanía popular. Sin embargo, procederemos en sentido inverso al curso de la historia: comenzaremos a andar desde el comienzo del siglo XXI, cuando la democracia resulta triunfante en el mundo con la derrota de sus enemigos, para remontarnos en el tiempo hasta el período de los orígenes, a las revoluciones democráticas del siglo XVIII, que fueron el inicio de la larga lucha para la conquista de la soberanía por parte del pueblo. En las conclusiones volveremos a la historia del pasado más reciente, a los primeros quince años del primer siglo del tercer milenio, deteniéndonos, en particular, en el estado de salud de la democracia italiana.

He elegido empezar con el ejemplo de la Organización de las Naciones Unidas porque es el más emblemático del éxito del pueblo soberano en el mundo contemporáneo, confirmado, como veremos, por la repentina y rápida multiplicación de los Estados considerados democráticos en el último cuarto del siglo XX.

Pero luego veremos cómo, en el momento mismo en que la soberanía popular parece triunfante, en las democracias reales se han manifestado los síntomas de un malestar: el principal y el más alarmante de todos es la desilusión, la desafección, la desconfianza del pueblo soberano respecto a los gobernantes, a las instituciones democráticas, a los partidos, junto a la cada vez más difusa convicción, en el propio pueblo, de que ya no es soberano.

De los ejemplos que citaré, resultará evidente que la enfermedad de las democracias actuales tiene su origen, sin duda, en acontecimientos y condiciones recientes, pero no es un fenómeno del todo nuevo, porque ya se ha manifestado otras veces en la historia de la democracia moderna, desde sus orígenes con la revolución norteamericana y la revolución francesa. En ciertos aspectos, podríamos decir que la democracia, por su propia naturaleza, vive en un estado de crisis permanente, porque constantemente debe renovarse para adaptarse a las nuevas situaciones, con frecuencia imprevistas, en las que el pueblo soberano ha de vivir.

Comenzaré haciendo una comparación, de forma emblemática, entre la Organización de las Naciones Unidas y el pacto de la Santa Alianza, para mostrar qué extraordinario progreso ha realizado en doscientos años la conquista de la soberanía popular. Pero veremos también qué sombras de hipocresía han envuelto y siguen envolviendo la conducta de quienes declaran gobernar en nombre de y por la voluntad del pueblo soberano. Y veremos, finalmente, cómo estas sombras se han ido haciendo cada vez más largas en los años más recientes, precisamente cuando el triunfo de la

democracia, al difundir por el mundo el halo luminoso de su ideal, prometía disolver las sombras.

En cambio, hoy parece que la sombra de la hipocresía democrática se va extendiendo con la representación escenográfica de una democracia recitativa, que tiene como escenario al Estado, como actores protagonistas a los gobernantes y como comparsa ocasional al pueblo soberano, que entra en el palco solo para la escena de las elecciones, mientras que el resto del tiempo asiste al espectáculo como público. La democracia recitativa parece ser el próximo resultado de la crisis de la soberanía popular precisamente en la «era de la democracia», como la definió Norberto Bobbio a finales del siglo XX.

¿Un libro más sobre la crisis de la democracia? Pero ¿no sabes cuántos libros se han escrito sobre este tema, al menos en los últimos cien años?

Lo sé, son muchos. Y muchos han sido publicados precisamente en el último decenio. Te cito, entre los más recientes, algunos que en sus elocuentes títulos parecen recalcar las etapas de un declive irreversible: *La democracia contra sí misma*, *El odio a la democracia*, *Democracias sin democracia*, *La democracia ¿es una causa perdida?*, *Vida y muerte de la democracia*, *El fin de la democracia liberal*.

Estos autores coinciden en constatar que el más grave síntoma de enfermedad en las democracias actuales, incluso en las consolidadas por una antigua tradición, es la pérdida de confianza en las instituciones democráticas por parte del pueblo soberano. Al que todos, hoy, reverencian como fuente de todo poder legítimo, mientras que, en todas partes, se ve limitado cada vez más a recitar el papel ocasional de gran elector de gobernantes, que luego ejercen el poder recibido para usos y finalidades que no responden en absoluto al bien común y a la voluntad de los gobernados.

Pero ¿por qué tú y los autores de los libros que has citado habláis de crisis o incluso de muerte de la democracia? Me parece que os gusta hacer profecías funestas.

No son profecías. Son hechos observados de manera realista, con consideraciones sobre sus efectos y sobre las posibles consecuencias para la suerte del pueblo soberano, que hoy parece que esté a punto de ser dessoberanizado.

Si miro al cielo y veo condensarse nubes negras, con rayos y truenos, y pienso que va a estallar una tormenta, lo que digo no es una profecía funesta, sino una consideración realista sobre lo que puede ocurrir, basada en la experiencia.

Y así es en lo que respecta al malestar actual de la democracia.

Pero ¿dónde están, hoy, las señales del temporal que amenazaría a la democracia? Vives en un país donde puedes pensar, hablar, escribir, viajar libremente. Puedes decidir tu contribución personal, con el voto, a la elección de aquellos que gobiernan. Vives en una república democrática, en la que la soberanía pertenece al pueblo, como afirma el artículo primero de la Constitución italiana. Pese a todo esto, temes, junto a muchos otros, ¡nada menos que una crisis mortal de la democracia! Van a tener razón, pues, los que te llaman pesimista. Sería mejor que no afligieses mis páginas blancas con tus negras previsiones.

No soy pesimista, pero tampoco soy optimista. Trato de ser realista: observo la realidad tal como es, la realidad efectiva, como la llama Maquiavelo. Trato de entender lo que ocurre observando el comportamiento de los seres humanos, comparando sus pensamientos, sus intenciones y sus palabras con sus acciones y con los resultados de su comportamiento.

Observando lo que ocurre hoy en el mundo, donde casi todos los gobernantes se proclaman democráticos, donde casi todas las constituciones declaran que el pueblo es la fuente del poder, he querido constatar si los hechos corresponden a lo proclamado. Y he constatado, como decía antes, que hoy está teniendo lugar una mutación de la democracia representativa en democracia recitativa.

Entre una escena y otra de las elecciones, en el escenario de los Estados democráticos prevalecen las oligarquías de gobierno y de partido, la corrupción de la clase política, la demagogia de los líderes, la apatía de los ciudadanos, la manipulación de la opinión pública, la degradación de la cultura política a meros anuncios publicitarios.

Y todo esto ¿significaría la muerte de la democracia, como sostiene alguno de los libros que has citado?

La democracia no está grabada en el destino humano como un código genético. Ninguna población tiene la democracia en su ADN, como se dice hoy con una horrible metáfora de un vago olor racista. Mi valoración es muy simple: si la democracia es el poder del pueblo soberano y el pueblo soberano ya no tiene poder, la democracia deja de existir o se convierte en algo distinto de lo que ha sido hasta ahora. Y también el pueblo soberano se convierte en otra cosa.

A la democracia y al pueblo soberano podría ocurrirles lo que les ocurrió a los antiguos dioses del Olimpo cuando surgió, se difundió e impuso el cristianismo. Cuál podrá ser el nuevo «ismo», que desecará la creencia en el pueblo soberano y la fe en la democracia no nos es dado, por el momento, preverlo. Desde el nacimiento del cristianismo hasta su triunfo como religión universal transcurrieron algunos siglos. Hoy, los cambios se producen de forma más acelerada. Pero también más imperceptiblemente.

Sea como sea, la democracia es un fenómeno histórico, y como todos los fenómenos históricos ha tenido un co-

mienzo. Y podría tener un final. Así es para el pueblo soberano.

1. Este libro ha sido publicado originalmente por la editorial italiana Laterza en su colección «*Idòla*». En la obra del filósofo Francis Bacon, los *idola* —«ídolos»— son los prejuicios que impiden el avance del conocimiento. (*N. del E.*)

1. Nosotros, los pueblos

Has dicho que hoy la democracia resulta triunfante en el mundo. Pero, al mismo tiempo, la democracia se ve afligida por una enfermedad, que podría llegar a ser incluso mortal. Me parece una buena, o mejor dicho una mala contradicción.

La contradicción está en la realidad, no en mis palabras. Y volveremos a encontrar a menudo esta contradicción a lo largo de la conversación. Porque, en cierto sentido, es una contradicción congénita, más que contingente, en las democracias actuales.

Para hacerla evidente, antes deberemos examinar si es verdad que la democracia parece triunfante. Hoy se habla mucho de crisis, de malestar, de enfermedad de la democracia. Pero no es la primera vez que esto ocurre desde que el gobierno del pueblo soberano ha conseguido llevar la delantera respecto al gobierno del monarca por voluntad de Dios.

Toda la historia de la democracia, desde las revoluciones democráticas del siglo XVIII hasta nuestros días, ha sido una historia de luchas, derrotas y conquistas, una sucesión de éxitos y fracasos, entre motines, disturbios, manifestaciones masivas, revueltas, revoluciones, guerras civiles, guerras entre Estados e incluso dos guerras mundiales: todas combatidas para reconocer al pueblo soberano, a todos los pueblos del mundo, el derecho de vivir en libertad y con dignidad, con el poder de elegir, juzgar y revocar a nuestros gobernantes. Y en los doscientos años de constante pero obstaculizado ascenso hacia la conquista de la soberanía popular, la democracia ha estado en crisis con frecuencia: algu-

nos estudiosos han descrito el proceso democrático, entre comienzos del siglo XIX y la segunda mitad del XX, como una sucesión de «oleadas democráticas» alternadas con «oleadas antidemocráticas», hasta que una tercera oleada democrática, surgida en el último cuarto del siglo XX, parece haber arrollado, con su ímpetu, cualquier grave obstáculo antidemocrático.

Para comprender lo que le sucede hoy al pueblo soberano, debemos hablar, ante todo, de sus éxitos, que los ha habido y que son muy importantes, porque de un siglo a otro, entre una oleada y la siguiente, superando las derrotas, los movimientos que han luchado en nombre del pueblo soberano han cambiado y mejorado, efectivamente, las condiciones de existencia de muchos millones de seres humanos, transformándolos de súbditos en ciudadanos.

Aunque hay quien afirma, como Schumpeter, que «el pueblo, en realidad, nunca ha gobernado, pero que nada impide hacer que gobierne por definición»; o quien sostiene, como Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, que el poder siempre lo detenta y ejerce una minoría a la que se denomina de varias maneras, como clase política, élite u oligarquía; o bien quien, como el que escribe, piensa que el pueblo soberano es uno de los grandes ídolos de la modernidad: pues bien, ninguno de estos puede negar que en nombre del pueblo soberano se ha cumplido, en un lapso de tiempo de poco más de doscientos años, la más gigantesca empresa en la plurimilenaria historia del ser humano: el traslado de la soberanía de Dios al hombre y la proclamación de los seres humanos como dueños de su propio destino.

Carecemos de espacio para enumerar todos los éxitos de la democracia, porque deberíamos contar la historia de los últimos doscientos años. Me limito a un ejemplo muy significativo, el más emblemático, para representar la victoria de la soberanía popular.

El 10 de diciembre de 2001, al secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, el ghanés Kofi Annan, le fue otorgado el premio Nobel de la Paz. En su discurso en la ceremonia de entrega del premio, Annan delineó la misión que la ONU se asignaba para el siglo XXI, con «una nueva y más profunda conciencia de la santidad y dignidad de toda vida humana, sin tener en cuenta la raza o la religión», y con mayor empeño, «como nunca antes, para mejorar las condiciones de cada hombre y de cada mujer». Esto no habría sido posible, siguió diciendo el secretario de la ONU, sin garantizar la paz no solo a los Estados y a los pueblos, sino a cada individuo. «La soberanía de los Estados no puede ser usada como un escudo tras el cual perpetrar graves violaciones de los derechos humanos».

En el nuevo siglo, añadió el secretario general, las Naciones Unidas debían imponerse como prioridades principales «erradicar la pobreza, prevenir los conflictos y promover la democracia», porque «solo en un contexto democrático, basado en el respeto de la diversidad y el diálogo, puede garantizarse la libre expresión del individuo, el autogobierno y la libertad de asociación».

¿Por qué consideras el discurso del señor Annan el ejemplo más emblemático del éxito de la democracia en el comienzo del tercer milenio? Quizá sea oportuno explicar la relación entre la Organización de las Naciones Unidas y la democracia.

Las Naciones Unidas son la máxima organización internacional, fundada en San Francisco el 26 de junio de 1945, inmediatamente después del final de la Segunda Guerra Mundial.

La idea originaria, que repetía el modelo de la Sociedad de Naciones que quiso en 1919 el presidente de los Estados Unidos Thomas Woodrow Wilson, fue propuesta por el presidente Franklin Delano Roosevelt en una *Declaración*

de las Naciones Unidas el 1 de enero de 1942, pocas semanas después del ataque japonés a Pearl Harbor, que provocó la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. La *Declaración* fue suscrita también por Gran Bretaña, la Unión Soviética y China (gobernada entonces por el régimen nacionalista del Kuomintang, presidido por el general Chiang Kaishek), y por otros veintidós gobiernos de países en guerra contra Alemania, Japón e Italia.

Todavía no había acabado la guerra cuando el 25 de abril de 1945, por voluntad del presidente Harry Truman, sucesor de Roosevelt, que había muerto el 12 de abril, se inauguró en San Francisco la Conferencia Internacional que el 26 de junio siguiente dio origen a la Organización de las Naciones Unidas.

Los gobiernos firmantes, «comprometidos en una lucha común contra fuerzas salvajes y brutales que pretenden sojuzgar al mundo», expresaron su convicción de «que la completa victoria sobre sus enemigos es indispensable para la defensa de la vida, de la independencia, de la libertad civil y religiosa, y para la salvaguardia de los derechos del hombre y de la justicia en el propio país al igual que en los demás».

En 1945 los Estados miembros de las Naciones Unidas eran cincuenta y uno. A lo largo de los siguientes siete decenios, con el nacimiento de nuevos Estados sur gidos tras el fin de los imperios coloniales, la descomposición del imperio soviético y el final de los regímenes comunistas en Europa oriental, su número ha aumentado continuamente.

Hoy los Estados miembros de la ONU son 193, de 196 Estados reconocidos. Entre los Estados que no son miembros está la República China de Taiwán, que formó parte de la ONU entre 1945 y 1971, cuando fue expulsada y su escaño asignado a la República Popular China, y el Estado de la Ciudad del Vaticano, admitido como observador permanente, al igual que el representante de la Organización para la Liberación de Palestina.